

EL MARQUES DE BRADOMIN

del jardín una niña desgredada, con ojos de poseída, que clama llena de un terror profético, al mismo tiempo que se estremece bajo sus harapos: Es Adegá la Inocente.

ADEGA LA INOCENTE

¡Ay de la gente que no tiene caridad! Los canes y los rapaces córrenme á lo largo de los senderos. Mozos y viejos asoman tras de las cercas y de los valladares para decirme denuestos. ¡Ay de la gente que no tiene caridad! ¡Cómo ha de castigarla Dios Nuestro Señor!

MINGUIÑA

Ya la castiga. Mira cómo secan los castañares, mira cómo perecen las vides. Esas plagas vienen de muy alto.

ADEGA LA INOCENTE

Otras peores tienen de venir. Se morirán los rebaños sin quedar una triste oveja, y su carne se volverá ponzoña! ¡Tanta ponzoña que habrá para envenenar siete reinos!

EL MARQUES DE BRADOMIN

EL SEÑOR CIDRAN

¡La cuitada es inocente! No tiene sentido.

MINGUIÑA

Entra, rapaza, que aquí nadie te hará mal. Dame dolor de corazón el verla.



ADEGA la Inocente responde levantando los brazos, como si evocase un lejano pensamiento profético, y los vuelve á dejar caer. Después, cubierta la cabeza con el manteo, entra en el jardín lenta y llena de misterio. Así, arrebujada, parece una sombra milenaria. Tiembla su carne y los ojos fulguran calenturientos bajo el capuz del manteo. En la mano trae un manojo de yerbas que esconde en el seno con vago gesto de hechicería. Estremeciéndose va á sentarse entre las dos abuelas mendigas Minguiña y la Quemada. En tanto, la Señora del palacio, allá en el fondo del jardín, sentada en el banco que tiene florido espaldar de rosales, termina de leer la carta.

LA DAMA

¡Qué tortura!

LA MADRE CRUCES

Bien se me alcanza lo que á mi señora le acontece. Como no puede retenerle largo tiempo, teme el dolor de la ausencia.

EL MARQUES DE BRADOMIN

LA DAMA

¡Lo que yo temo es ofender á Dios! ¡Sólo de pensar que puede aparecerse ahora mismo tiemblo y desfallezco! ¡Y la idea de no verle me horroriza! Cuéntame qué te dijo. ¿Cómo fué el darte esta carta?

LA MADRE CRUCES

Esta mañana llegó al molino como de carcería. Yo, al pronto, le desconocí. Tiene todos los cabellos blancos, que parecen de plata. Quedóse parado en la puerta mirándome muy fijo. Ante un caballero tan lleno de majestad, me puse de pie, y ha sido cuando me habló y le reconocí.

LA DAMA

¿Y qué te dijo?

LA MADRE CRUCES

Pues, díjome estas mismas palabras: Madre Cruces, hace mucho que has visto á mi pobre Concha? Toda asombrada quedéme

EL MARQUES DE BRADOMIN

sin acertar á responderle. Entonces sacó del bolsillo la carta y me la entregó.

LA DAMA

¿No te habló más?

LA MADRE CRUCES

Nada más, mi reina.

LA DAMA

¿No te dijo que yo le esperaba?

LA MADRE CRUCES

Nada me dijo.

LA DAMA

¿Ni de dónde venía?

LA MADRE CRUCES

Nada.

LA DAMA

¿Y tú no le preguntaste?

LA MADRE CRUCES

No me atreví. El verle aparecer de aquella manera habíame impuesto. Eso sí, parecióme más triste.

EL MARQUES DE BRADOMIN

LA DAMA

¡Dos años hace que no le veo! Fué aquí, en este mismo jardín, donde nos dijimos adiós. Yo creí morir, pero no es cierto que maten las penas.

LA MADRE CRUCES

No mata ningún mal de este mundo. Es que Dios elige á los suyos.

LA DAMA

Di, Madre Cruces, por qué te ha parecido triste?

LA MADRE CRUCES

Yo no sé si será aquella cabellera toda blanca. Y agora recuerdo otras palabras del señor mi Marqués. ¡Fueron tan pocas!

LA DAMA

¡Tan pocas y aún las olvidas! Repíteme todo lo que él te dijo.

LA MADRE CRUCES

Pues díjome: ¿Mi pobre Concha sigue siempre triste? ¿Conserva aquella mirada de

EL MARQUES DE BRADOMIN

criatura enferma que estuviese pensando en la otra vida?

LA DAMA

¡Sigue llamándome su pobre Concha!

LA MADRE CRUCES

Siempre que habla de mi señora la nombra así.

LA DAMA

¡Su pobre Concha!.. Y bien pobre, y bien digna de lástima. Le quise desde niña, y crecí, y fuí mujer y me casaron con otro hombre, sin que él hubiese sospechado nada. ¡Aquellos ojos eran á la vez ciegos y crueles!.. Después, cuando se fijaron en mí, ya sólo podían hacerme más desgraciada.

AY un silencio largo donde se oye el zumbir de un tábano entre los rosales. La Señora del palacio, con la carta entre las manos, ha quedado como abstraída: sus ojos, sus hermosos ojos de enferma, miran á lo lejos y miran sin ver. El tábano revolotea mareante y soñoliento. La vieja conquistadora le sigue con la mirada. Muchas veces

EL MARQUES DE BRADOMIN

deja de verle, pero el zumbido constante de sus alas le anuncia. La Madre Cruces, un momento persigue con la mano el vuelo que pasa ante sus ojos y sonríe.

LA MADRE CRUCES

Este tábano rojo algo bueno anuncia.

LA DAMA

Yo creía que era mal agüero, Madre Cruces.

LA MADRE CRUCES

No, mi reina. Mal agüero si fuese negro. Ese mismo lo vide antes.

LA DAMA

¿Y qué puede anunciarme?

LA MADRE CRUCES

Que presto llegará el galán que consuele ese corazón.

LA DAMA

¡Consuelo! Yo no sé qué es mayor angustia, si saber que está cerca, si llorarle lejos. ¿Por dónde viene?

LA MADRE CRUCES

Por seguro que caminando adonde le esperan.

EL MARQUES DE BRADOMIN

LA DAMA

Si cierro los ojos, le veo en medio de un camino, pero su cara no la distingo. ¿Dices que está triste?

LA MADRE CRUCES

¡Menos lo estaría si tanto no recordase á quien le quiere!

LA DAMA

¿Tú crees que me haya recordado siempre?

LA MADRE CRUCES

Claramente. ¿Pues no ha venido apenas fué llamado? ¡Y cómo suspiró al darme la carta!

LA DAMA

¡No suspirará más tristemente que suspiro yo!

LA MADRE CRUCES

Pues hace mal mi señora cuando sabe que es tan bien querida. Y siempre vale mejor

EL MARQUES DE BRADOMIN

que pene uno solo. Viendo triste al buen caballero decíame entre mí: Suspira; enamorado galán, suspira, que todo lo merece aquella paloma blanca.

LA DAMA

¡Cuánto tarda! ¿Cómo el corazón no le dice todo mi afán?

LA MADRE CRUCES

El corazón es por veces tan traidor.

LA DAMA

¡El mío es tan leal!

LA MADRE CRUCES

¡Cuitado pajarillo! Mas qué tiene mi reina que tiembla toda?

LA DAMA

No es nada, madre Cruces.

LA MADRE CRUCES

Vamos al palacio.

LA DAMA

Quería esperarle aquí, en el jardín donde nos separamos.

— 34 —

EL MARQUES DE BRADOMIN

LA MADRE CRUCES

Antaño, cuando niños, algunas veces los he visto jugar bajo estas sombras. Apenas si recordará.

LA DAMA

¡Me acuerdo tanto! No jugaba conmigo, jugaba con mis hermanas mayores, que tenían su edad. Solía traerlo mi abuelo en su yegua, cuando volvía de Viana del Prior, donde estaba con su tío. El viejo Marqués era tu padrino, verdad, Madre Cruces?

LA MADRE CRUCES

Sí, mi reina. Padrino como cumple, de bautizo y de boda. Un caballero de aquellos cual no quedan, un gran caballero, como lo era su primo, el señor de este palacio.

LA DAMA

¡Pobre abuelo!

LA MADRE CRUCES

Mejor está que nosotros, allá en el mundo de la verdad.

— 35 —

EL MARQUES DE BRADOMIN

LA DAMA

Si viviese no sería yo tan desgraciada.

LA MADRE CRUCES

Nuestras tribulaciones son obra de Dios, y nadie en este mundo tiene poder para hacerlas cesar.

LA DAMA

Porque nosotros somos cobardes, porque tememos la muerte.

LA MADRE CRUCES

Yo, mi señora, no la temo. Tengo ya tantos años que la espero todos los días, porque mi corazón sabe que no puede tardar.

LA DAMA

Yo también la llamo, madre Cruces.

LA MADRE CRUCES

Mi señora, yo llamarla, jamás. Podría llegar cuando mi alma estuviese negra de pecados.

EL MARQUES DE BRADOMIN

LA DAMA

Yo la llamo, pero le tengo miedo. Si no le tuviese miedo, la buscaría.

LA MADRE CRUCES

¡No diga tal, mi señora, no diga tal!

EN la escalinata, donde verdean yerbajos desmedrados que las palomas picotean, asoma una vieja ama de llaves vestida con hábito del Carmelo. Se llama Doña Malvina. Aventa un puñado de maíz, y las palomas acuden á ella. Doña Malvina ríe con gritos de damisela y llevando una paloma en cada hombro, baja al jardín, alzada muy pulcramente la falda para caminar por los senderos, y llega adonde está la Señora.

DOÑA MALVINA

¡Que la humedad de esos árboles no puede serle buena!

LA DAMA

¡Dentro de un momento acaso llegue aquel á quien espero hace tanto tiempo!..

DOÑA MALVINA

¡El señor Marqués!

EL MARQUES DE BRADOMIN

LA DAMA

Tú nunca dudaste que viniese.

DOÑA MALVINA

¡Nunca!

LA DAMA

Yo lo dudé, é hice mal.

DOÑA MALVINA

¿Cuándo ha tenido usted noticia de su llegada?

LA DAMA

Ahora.

LA MADRE CRUCES

Yo la truje, Doña Malvina.

LA DAMA

Quería esperarle aquí. Me mata la impaciencia.

DOÑA MALVINA

¡Tiene las manos heladas!

La dama calla y parece soñar. En medio de aquel silencio leve y romántico, resuena en el jardín festivo ladrar de perros y música de cascabeles, al mismo tiempo que una voz grave y ecle-

EL MARQUES DE BRADOMIN

siástica se eleva desde el fondo de mirtos como un canto gregoriano. Es la voz del Abad de Brandeso. El tonsurado solía recaer por el palacio, terminada la misa, para tomar chocolate con la Señora. Sus dos galgos le precedían siempre.

EL ABAD

Excelentísima señora doña María de la Concepción Montenegro y Bendaña, Gayoso y Ponte de Andrade.

LA DAMA

¡Señor Abad, qué olvidado tiene usted el camino de esta casa!

EL ABAD

No crea eso, mi buena amiga, pero estuve de viaje. Una consulta á Su Ilustrísima. Por cierto que el señor Provisor me ha dicho que estaba de vuelta nuestro gran Marqués. El señor Provisor, que le ha saludado en Roma cuando fué con la peregrinación, me contó que el pelo le ha blanqueado completamente. ¡Pues no tiene años para eso!

LA DAMA

¡Oh, no!

EL MARQUES DE BRADOMIN

EL ABAD

Es un muchacho. ¿Y qué magna empresa le habrá traído?

LA DAMA

¡Señor Abad!

EL ABAD

Yo me la figuro. Nuestro ilustre Marqués trae una misión secreta del Rey.

LA DAMA

No creo...

EL ABAD

A mí no me extrañaría que volviese á estallar una nueva guerra. Yo confieso que la espero hace mucho tiempo. ¡Quieto, Carabell! ¡Quieto, Capitán!

LA DAMA

Usted tomará chocolate, señor Abad. Ya lo sabes, Malvina.

DOÑA MALVINA

¿Prefiere bollos de Viana, ó bizcochos de las monjas de Velvis?

— 40 —

EL MARQUES DE BRADOMIN

EL ABAD

Hay que pensarlo, Doña Malvina: ¡Es un caso de conciencia!

LA DAMA

Las dos cosas.

DOÑA MALVINA

¿Y cabello de ángel ó dulce de guindas?

EL ABAD

También le haré honor á los dos. No le dije que he tenido el gusto de ver á las niñas. Ya sé que la visitarán muy pronto.

Después de cambiar una mirada, se alejan discretas, hacia el palacio la dueña y la Madre Cruces. Van comentando en voz baja, y de tiempo en tiempo se detienen en el sendero de mirtos, para arrancar una brizna de yerba ó enderezar un rosal que se deshoja al paso. Los mendigos que esperan sentados en la escalinata se incorporan lentamente y tienen una salutación de salmodia al verlas llegar. Doña Malvina, con movimientos de cabeza, esos movimientos graves y pausados de las dueñas gobernadoras, les recomienda paciencia, paciencia, paciencia.

— 41 —

32954

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL MARQUES DE BRADOMIN

LA DAMA

¿Vió usted á mis hijas, señor Abad?

EL ABAD

Usted no sabe que yo tengo una hermana monja en el Convento de la Enseñanza. Precisamente al entrar en el locutorio lo primero que descubrí tras de las rejas fué á las dos pequeñas. No sabía que se educasen allí. Su padre estaba visitándolas. ¡Aquí, Carabell! ¡Aquí, Capitán! Le hallé muy viejo, y sobre todo desmemoriado. No creía que hubiese quedado tan mal de este último ataque. Hemos hablado de usted.

LA DAMA

¿Sabía la aparición del Marqués?

EL ABAD

Si lo sabía, nada me ha dicho, y yo nada he podido colegir. Si algo me hubiese dicho, le habría contestado, como era mi deber, que el señor Marqués de Bradomín es un leal de-

EL MARQUES DE BRADOMIN

fensor del Rey, y que sólo ha venido aquí por la causa de la Religión y de la Patria.

LA DAMA

Señor Abad, cree usted que haya venido por eso?

EL ABAD

Yo, ciertamente.

LA DAMA

Pero usted no ignora...

EL ABAD

No, no ignoro.

LA DAMA

Y usted, qué me aconseja?

EL ABAD

Es tan grave el caso...

LA DAMA

Sólo le veré para suplicarle que vuelva á su destierro, lejos, muy lejos de mí.